

LA FURIA DE LOS DIOSES



JOHN
GWYNNE

minotauro

LA FURIA DE LOS DIOSES

John Gwynne

minotauro

La furia de los dioses
Núm. 3 de 3

Copyright © 2024 by John Gwynne

Publicado por primera vez en Reino Unido en lengua inglesa como
The Fury of the Gods en 2024 por Orbit, sello de Little Brown Book Group

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2024
Diseño de cubierta: Bekki Guyatt — LBBG
Ilustración: Marcus Whinney
Imágenes adicionales: © Shutterstock

Mapa de Tim Paul

Adaptación de cubierta: Book&Look
Revisión: El taller del llibre

ISBN: 978-84-450-1491-2
Depósito legal: B. 970-2025
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

VARG

—¡Ay! —exclamó Varg con los dientes apretados cuando Røkia le perforó el trozo de piel que le colgaba de la mejilla con un anzuelo y luego lo unió al resto de la piel de la cara mediante un hilo. Notó que le corría la sangre por la barba—. ¡Ay!

—Deja de quejarte —murmuró Røkia mientras le cosía la mejilla.

—No me quejo, pero duele —protestó él.

—El dolor es tu enemigo, derrótalo —dijo Røkia.

Varg suspiró.

Un rostro apareció sobre él: Svik, apuesto, con la barba recogida en trenzas y el cabello rojo ungido con grasa. Nada en su aspecto hacía pensar que el día anterior había librado una batalla. Se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—Primero la oreja y ahora la mejilla —observó Svik—. Si continuas permitiendo que la gente vaya arrancando trozos de tu cuerpo, pronto no quedará nada de ti.

—Yo no se lo permito —repuso Varg, lo que provocó un tirón del hilo con el que le cosía Røkia. Se estremeció. «Se le da mejor apuñalar que coser».

Røkia se sentó y alzó las manos al aire.

—¡Esto es ridículo! —exclamó la mercenaria.

—Primero Røkia te salva la vida y ahora te cose para que vuelvas a estar entero. ¿Qué harías sin ella? —continuó Svik sin prestar atención a Røkia.

—Estoy en deuda con ella —reconoció Varg. «Aunque me infligieron

esta herida porque trepé por el muro de la fortaleza y salté encima de una veintena de enemigos para salvarla. Pero al final la que me salvó fue ella».

—Deberías limpiar la cota de malla —apuntó Svik señalando las manchas de sangre—. La sangre la oxidará.

Varg se miró la cota de malla y vio sangre incrustada en algunas zonas. Incluso el brazalete de plata que Glornir le había regalado estaba cubierto de sangre seca.

—Ya se lo he dicho —terció Røkia.

—Deberías hacer caso a Røkia —dijo sonriendo Svik.

—Ya se lo hago —repuso Varg—. Lo haré. Me refiero a que limpiaré la cota de malla.

—¿Quieres que siga cosiéndote la cara o no puedes soportar tanto dolor? —preguntó Røkia burlándose de él.

Svik rio.

Varg inspiró hondo.

—Continúa, por favor.

Røkia gruñó y se puso a coser de nuevo.

Estaban sentados en un banco en el patio de Valdai, la fortaleza del príncipe Jaromir en Iskidan, bajo un cielo despejado y un sol inclemente, con las aves carroñeras volando en círculos sobre sus cabezas. En el patio había zonas empapadas de sangre y los cadáveres se apilaban a un lado de las puertas destrozadas, una maraña de brazos, piernas y rostros exangües, con heridas con la costra negra como bocas abiertas. Eran los družhina de Jaromir, todos despojados de sus armas, sus cotas de malla, sus botas y sus pantalones..., de todo aquello que tuviese algún valor. Al otro lado del montón de cadáveres, una hilera de túmulos recién levantados se extendía a lo largo de un muro: eran los quince Hermanos de Sangre que habían caído en la batalla del día anterior. Varg había ayudado a cavar las tumbas y había derramado lágrimas mientras amontonaba las piedras sobre los cuerpos de sus camaradas. Edel seguía allí, mirando fijamente las sepulturas. Había enterrado a uno de sus perros con los muertos, y el que quedaba vivo estaba tendido encima de las piedras. La veterana cazadora sollozaba. Varg desvió la mirada y sus ojos se detuvieron en el mayor de los túmulos, que albergaba a Ingmar Hiel, asesinado por el acero de Jaromir.

—Hacía muy poco tiempo que lo conocía —murmuró Varg para sí—, pero parece que hiciera... mucho más. «Como si fuera de la familia. Hasta ahora la única familia que había conocido era mi hermana». Bajó la

mano a la bolsita que llevaba en el cinturón, donde guardaba el mechón de pelo de Frøya.

—El muro de escudos fortalece los lazos de hermandad —dijo Svik poniendo una mano en el hombro de Varg.

—Cuanto más hables, peor será la cicatriz que te quede —murmuró Røkia concentrada en su tarea.

—Las cicatrices te hacen guapo —repuso Svik—. E irresistible para las mujeres.

Røkia resopló con desdén y a Varg se le dibujó una sonrisa en los labios.

Los miembros de los Hermanos de Sangre estaban sentados alrededor del patio, la mayoría ocupados en sus heridas o en su equipo maltrecho. Reparaban desgarrones en sus cuerpos o en las cotas de malla, cosían, suturaban, zurcían y engrasaban. Algunos hacían guardia en las murallas y las torres.

Glornir y Vol salieron del salón de banquetes. El jefe llevaba el hacha apoyada en un hombro y con la otra mano cogía del brazo a la bruja seiðr en actitud protectora para sostenerla mientras caminaba. Aunque Varg sospechaba, después de haber presenciado lo que le había hecho a Jaromir con sus poderes, que era completamente capaz de cuidar de sí misma.

Sulich los acompañaba. Acababa de afeitarse la cabeza y llevaba puesta la cota de láminas metálicas que le había regalado Varg. La funda del arco y una aljaba colgaban de su cinturón. Los seguían más de una veintena de hombres y mujeres, algunos con la piel pálida y otros más oscura. Eran los prisioneros que habían encontrado en las salas de la parte trasera del salón de banquetes.

—¿De verdad son todos hijos corrompidos del Gran Kan? —preguntó Varg.

—Eso es lo que dice Sulich. Y él debe saberlo, porque es uno de ellos —respondió Svik.

Vol paseó la mirada por el patio y vio a Varg sentado con Røkia y Svik. Le dijo algo a Glornir y ambos se encaminaron hacia ellos.

—Terminé. —Røkia se echó hacia atrás y examinó su trabajo con los ojos entrecerrados. Hizo un nudo en la punta del hilo y cortó el sobrante con el seax.

Varg se palpó con delicadeza la herida y notó la zona hinchada y endurecida.

—Gracias.

—¡Bah! —gruñó Røkia.

Glornir los saludó con la cabeza. La sombra que proyectaba su fornido cuerpo cubrió a Varg.

—Jefe —dijeron los tres al unísono.

—Vol —dijo Svik—, me alegra volver a tenerte entre nosotros.

Vol estaba muy delgada y tenía el rostro lleno de cardenales. Los tatuajes seiðr de su cuello se fundían con los moratones y apenas se distinguían. Alrededor de su boca se apreciaban las heridas que le habían hecho al coserle los labios. Sin embargo, sus ojos oscuros rebosaban fuerza.

—Y yo me alegro de estar de vuelta. Svik, es una alegría volver a veros, a ti y a todos mis hermanos y hermanas —dijo con los labios hinchados. Miró a Varg—. Glornir me ha dicho que has ascendido, que ahora eres un verdadero Hermano de Sangre. No he olvidado que te hice una promesa en la cámara de Rotta. Te debo un akáll.

—¿Tendrás fuerzas para hacerlo? —preguntó Glornir.

—¡Eh! —exclamó Vol—. ¿Es que no me las arreglé para destripar a Jaromir?

—Ajá —dijo Glornir con una nota de orgullo en la voz y una sonrisa extraña en las comisuras de la boca.

Vol puso una mano en el hombro de Varg.

—¿Todavía lo deseas? Presenciar un akáll no es ninguna nadería. Podría revelar cosas que sería mejor... no ver.

Varg contuvo la respiración. Averiguar cómo había muerto su hermana era lo único que le había permitido seguir viviendo. «Veré los últimos instantes de Frøya». Era algo que había ansiado durante mucho tiempo, pero se le encogió el estómago al pensar en ello. Una cosa era saber que alguien estaba muerto y otra completamente diferente ver cómo moría, aunque fuera un mero atisbo del pasado.

«Es mi hermana, la única persona a la que he querido y que me ha amado. Se lo debo».

—Tengo que saberlo —dijo—. Pero solo cuando te hayas recuperado. Vol asintió y sonrió.

—Me encuentro bastante bien. Lo haremos esta noche.

—Esta noche —repitió Varg.

—Deberías limpiar la cota de malla —gruñó Glornir mirando ceñudo las manchas de sangre en la cota de malla de Varg—. O se te oxidará.

—Ya se lo hemos dicho —terció Sulich.

—Lo haré enseguida —prometió Varg.

Vol bajó la mano al ennegrecido aro de hierro con dos llaves que le colgaba del cinturón.

—¿Dónde están?

—En la torre —respondió Glornir sacudiendo una mano en dirección a una de las torres de la entrada. Dos Hermanos de Sangre vigilaban la puerta.

Vol se dirigió hacia allí, con Glornir un paso por detrás de ella.

—Vamos —dijo Svik echando a andar tras ellos.

Røkia y Varg se miraron, se encogieron de hombros y salieron detrás de Svik.

—Jefe —dijeron los guardias.

Glornir asintió y los centinelas abrieron la puerta. Se detuvo un momento para mirar a Vol.

—¿Estás segura de querer hacerlo?

—Sí —respondió Vol—. Son thrall de Jaromir. Él los controlaba. Viagé con ellos y no eran sus siervos por propia voluntad, no son nuestros enemigos. —Acarició la mejilla de su marido—. Confía en mí.

Glornir entró en la torre seguido por Vol, con Svik un par de pasos por detrás. Varg se apresuró a pasar por la puerta antes de que otros Hermanos de Sangre se agolparan en ella.

Parpadeó al sentir un haz de luz que entraba por una ventana alta perforando el espacio interior. Permitió que el lobo en su sangre se filtrara a través de él, y su vista y el resto de sus sentidos se agudizaron súbitamente. El aire apestaba a sangre y sudor.

Se encontraban en una sala cuadrada. Una escalera en el fondo subía al adarve de la muralla. Había más Hermanos de Sangre sentados en sillas echando una partida al juego de la taba. Dentro de una especie de corral situado en el centro de la habitación había dos figuras: una mujer con la cabeza afeitada tumbada en un jergón y un hombre corpulento con la piel oscura sentado cerca de ella, que miró con gesto agrio a Vol y Glornir. Los dos estaban atados con cuerdas y llevaban un collar de thrall ceñido al cuello.

—Dejad en paz a Iva —espetó el hombre corpulento como un toro con una voz que retumbó como un trueno lejano. Tenía el cuello y la cabeza envueltos en unas vendas manchadas de sangre seca que cubrían las puñaladas y los golpes que le había propinado Ingmar Hielo con el asta de una lanza rota. Ingmar, Røkia y Svik habían tenido que aunar fuerzas para noquear al thrall corrompido. Varg nunca había visto una fuerza como esa.

—Taras —dijo afablemente Vol, adelantándose—. He venido para ayudar a Iva. —Hizo una pausa—. Y también a ti, si me lo permites.

—¿Ayudar? —Taras frunció el ceño—. ¿Ayudar a Iva, no a hacer daño a ella? —Miró con preocupación a la mujer acostada en el jergón. Ya volvía a crecerle el pelo en la cabeza afeitada. Le habían quitado el sayo y tenía el cuello y el pecho vendados. Unos tatuajes sinuosos ascendían por sus brazos, continuaban por su torso y subían por el cuello hasta la mandíbula. Estaba pálida y una capa de sudor cubría su piel. Las manchas de sangre en las vendas indicaban dónde se habían clavado las flechas de Sulich. Taras extendió un brazo protector sobre ella y le apretó una mano.

—¿Qué pasa? —masculló Iva abriendo los ojos. Levantó la cabeza y miró a Vol y a Glornir—. ¿Qué ha sucedido? —preguntó con una voz que era apenas un susurro estertóreo.

—Batalla —respondió Taras.

—Eso ya lo sé. —Iva hizo una mueca. Intentó incorporarse y se estremeció.

—Nosotros perder —añadió Taras malhumoradamente.

—Eso también lo he adivinado.

—Jaromir ha muerto, con todos sus družhina —explicó Vol—. Valdai ahora nos pertenece.

—¿Jaromir muerto? —preguntó Taras con su voz tronante. Una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios.

—Deberíais marcharos antes de que llegue Rurik —dijo Iva.

—¿Rurik? —susurró Varg a Svik.

—El hermano de Jaromir. Según dicen todos, otro capullo —le explicó Svik también en voz baja.

—He encontrado esto en el cadáver de Jaromir —dijo Vol extendiendo la mano con el aro con las dos llaves—. Son las llaves de vuestros collares. —Se agachó y metió una llave en la cerradura del collar de thrall de Iva, la giró y le quitó el collar. Luego hizo lo mismo con el collar de Taras. Señaló con la cabeza las cuerdas que los ataban y Glornir le dio su seax a su mujer. Taras se puso tenso—. Confía en mí.

—Eso no es fácil —dijo Iva con un hilo de voz. Puso una mano en el brazo de Taras, y este asintió.

Vol se inclinó y cortó las cuerdas. Luego se puso en pie.

—Ahora sois libres.

—¿Libres? —dijo lentamente Taras. La palabra daba vueltas dentro de

su boca como si estuviera probando una comida nueva. Frunció el ceño—. ¿Qué hacer nosotros, Iva? —preguntó a la bruja seiðr.

—No... lo sé —respondió Iva—. Nunca había sido libre.

—Deberíais quedaros aquí hasta que os recuperéis y podáis viajar —sugirió Vol—. Hay comida y agua. Cuando os sintáis mejor, id a donde queráis. Solo os pido una cosa, que nunca más volváis a enfrentaros a nosotros.

—Tienes mi palabra —dijo Iva, y se llevó una mano a las heridas.

—Nunca más luchar contra vosotros. Taras prometer —dijo el hombre fuerte como un toro.

—Bien —repuso Vol.

—Os traeremos comida y bebida. Pero, Iva, Taras, no hace falta que os quedéis aquí dentro. No sois nuestros prisioneros.

—Taras quedar con Iva —dijo él.

—Me gustaría ver el sol y sentir el aire —dijo Iva.

Taras levantó en brazos a Iva sin el menor esfuerzo. Vol se dio la vuelta y salió de la torre, seguida por Glornir y el resto de los Hermanos de Sangre.

Salieron al sol. Taras iba detrás de ellos con Iva en brazos. Esta entre cerró los ojos al alzar la mirada al cielo y sonrió.

—Libre —musitó. Luego fijó la mirada en algo que había encima de ellos y su frente se arrugó.

—¡Cuidado! ¡En el cielo! —gritó uno de los centinelas apostados en la muralla.

Todos levantaron la mirada.

Varg distinguió dos figuras que describían círculos en el aire, cuyo tamaño aumentaba a medida que descendían. De lejos parecían pequeñas, pero entonces Varg se fijó en las siluetas de las águilas ratoneras que volaban en círculos en el cielo y le dio mala espina. Esas otras aves eran más grandes. Mucho más.

Sulich sacó el arco de la funda, colocó una flecha con destreza y tensó la cuerda.

—Espera —gruñó Glornir.

Las dos aves continuaron descendiendo. Según se acercaban, se hacía más evidente que no eran unas aves normales. Varg se dio cuenta de que eran unos cuervos gigantes que graznaban ensordecedoramente. Las turbulencias de sus alas removieron el polvo.

Varg distinguió algunas palabras entre sus graznidos.

—¡Hermanos de Sangre! —graznaron los cuervos—. ¡Buscamos a los Hermanos de Sangre!

Glornir hizo bocina con las manos.

—¡Nosotros somos los Hermanos de Sangre! —bramó.

Los cuervos gigantes se abatieron sobre ellos y provocaron remolinos de polvo. Varg y los demás corrieron para apartarse y las aves se posaron en el patio. Uno de ellos graznó y se arregló las plumas con el pico.

—Glornir —gañó el otro cuervo.

Glornir se adelantó.

—Yo soy Glornir.

Una tennúr saltó de la espalda del cuervo, que extendió las alas para evitar que cayera y la depositó cuidadosamente en el suelo. De su cinturón colgaba una bolsa y Varg reconoció a la criatura. La había visto en Grimholt. Era la compañera de Orka.

—Soy Vesli —dijo la tennúr—. He hecho un largo trayecto hasta encontrarlos. Traigo un mensaje de mi ama Orka.

Glornir aguardó y se instaló el silencio en el patio.

—Os hemos buscado por todas partes. Vesli tiene frío, está cansada y... —la tennúr pareció distraerse con el montón de cadáveres. Se pasó la lengua por los labios... hambrienta.

Varg se estremeció.

—¿Y bien? ¿Cuál es el mensaje de Orka? —preguntó Glornir rompiendo el silencio.

—¿Eh? Ah, sí. —La tennúr desvió la mirada de los cuerpos—. El ama Orka dice que Elvar Puño de Fuego, de los Terrores de la Batalla, desea contratar a los Hermanos de Sangre.

—¿Para qué? —quiso saber Svik.

La tennúr esbozó una sonrisa que dejó a la vista sus dientes afilados.

—Para matar a un dragón.